

TODOS LOS SANTOS
Jubileo monástico del P. Andreu M. Marquès
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
1 de noviembre de 2008
Ap 7, 2-4. 9-14

Hoy celebramos Todos los Santos. Es, hermanas y hermanos, la solemnidad que la Iglesia de occidente dedica a venerar a todos aquellos hombres y mujeres, jóvenes y mayores, que, canonizados o no, se encuentran ya disfrutando de la felicidad y de la gloria de Dios. Cuando el ciclo --o año -- litúrgico se está encaminando hacia su término, la Iglesia contempla con alegría a estos gloriosos miembros suyos que constituyen ya el coronamiento de la obra salvadora que el Padre lleva a cabo por medio de Jesucristo y del Espíritu Santo. La Iglesia de la tierra los contempla con alegría porque sabe que estos hermanos y hermanas nuestras nos ayudan, a los que todavía hacemos camino en medio de las dificultades de cada día, y, también, porque cree esperanzada que un día podrá formar parte de esta multitud que ha llegado plenamente al término de su condición humana y ya disfruta para siempre de la presencia de Dios.

La primera lectura, tomada del libro del Apocalipsis, decía de ellos: éstos son los que vienen de la gran tribulación. La vida no les fue toda un camino de rosas. Tuvieron que afrontar, cada uno según sus circunstancias -familiares, laborales, sociales, históricas - -, dificultades, penas y sufrimientos; muchos, incluso la persecución y la muerte por el hecho de ser cristianos. No nos tiene que sorprender. Es, también el camino de Jesús; y el discípulo no es en absoluto más que el Maestro (Mt, 10, 24). Éste es, también, nuestro camino. Cuando nos encontramos con el sufrimiento, con dificultades, cuando nos encontramos con incomprendiones por el hecho de intentar actuar con coherencia con nuestra fe, cuando experimentamos la crítica o la burla porque somos creyentes, etc., tenemos que pensar que estamos en un buen camino, porque es pasando por muchas tribulaciones que se puede llegar a formar parte de la multitud feliz y gloriosa de los santos (cf. Ac 14, 21). Hay, todavía, otro aspecto de la gran tribulación en que nos encontramos los seres humanos: cuando nos damos cuenta que a menudo queremos la verdad y el bien y no somos capaces de alcanzarlos. Cuando nos damos cuenta de que hay una contradicción entre la grandeza del deseo de hacer el bien, y la miseria que nos dispersa en la búsqueda de objetos que son incapaces de satisfacer nuestros deseos más profundos y, a veces, nos llevan a hacer el mal. Parece como si el ser humano fuera "un juguete de su imaginación desbocada". Pero no se trata en absoluto de una situación irreversible. La comunión con Dios y la Palabra de Jesucristo nos permiten ir superándola en esta vida hasta que alcancemos la armonía plena en la gloria de Dios (cf. A. Marqués, Sobre la razonabilidad de la fe cristiana, en Qüestions de Vida Cristiana, 231, 2008, p. 122ss.).

Efectivamente, el Apocalipsis decía también de la multitud de los santos: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Los santos y santas, no solo han tenido que encontrarse con las dificultades y limitaciones inherentes a la vida humana, sino que también han acogido a Cristo en sus vidas y se han dejado purificar, salvar por él. Todos disfrutaban de la gloria de Dios gracias a sangre del Cordero, en la cruz de Jesucristo, que es el único mediador entre Dios y los hombres (cf. 1Tm 2, 5). Lo tenemos que grabar bien eso en nuestras mentes y en los nuestros corazones, porque es esencial para nuestra fe cristiana tener claro el lugar que ocupa Jesús, Cristo, en favor de toda la humanidad y en relación con las otras religiones.

El Apocalipsis nos describía de una manera llena de imágenes la liturgia celestial de la cual participan todos los santos: Y decía que ahora cantan con todas las fuerzas:

hosanna a nuestro Dios y al Cordero. Es decir, glorifican al Padre por sus decisiones (cf. Ps 118, 164) y a su Hijo Jesucristo que ha comunicado el Espíritu Santo y ha dado la vida de forma amorosa para la salvación del mundo. La liturgia celestial es la plenitud jubilosa a la cual estamos llamados. Y nuestra liturgia en la tierra es una anticipación simbólica y real al mismo tiempo. Sin embargo, ¿cómo podemos llegar a la liturgia del cielo si nos encontramos con las dificultades y tribulaciones de la vida que a menudo nos agobian? Nos indicaba el camino el salmo responsorial cuando nos decía quiénes son los que pueden ver cara a cara el rostro del Señor. Lo resumía en tres puntos que abarcan todo el abanico de la vida. Primero decía: tener el corazón puro, o en otras palabras, que el engaño no anide en nuestro interior y procuremos vivir con coherencia la fe. En segundo lugar, el salmo nos decía: el que tenga las manos inocentes, o dicho de otra manera, rechazar el mal y hacer el bien (cf. RB, Prólogo, 17), dejando que la convicción de fe empape nuestro hablar y nuestro vivir. Y, en tercer lugar, el salmo decía: que no confía en los ídolos, es como decir: no poner la confianza en el dinero, ni en el afán de poder, ni en el placer desenfrenado, ni en las previsiones del horóscopo, etc. Y en cambio, poner siempre la confianza en el Dios verdadero, en el Dios que se nos revela y se nos da en Jesucristo.

La síntesis de cómo podemos llegar a la plenitud gloriosa de la cual disfruta ya la gran multitud de hermanos y hermanas nuestras, la encontramos a las bienaventuranzas que hemos escuchado una vez más con todo su frescor y con toda su capacidad de conectar con los anhelos más profundos de nuestro yo. El espíritu de las bienaventuranzas lleva a hacernos semejantes a las actitudes de Jesús, el Señor. Por eso, en la complejidad de nuestra vida, con las tribulaciones que comporta, encontramos en las bienaventuranzas una manera de transformar todas las realidades, hasta las más adversas, y de vivirlas en una dimensión positiva, de manera que nos encaminen hacia el término glorioso y feliz del Reino del cielo, en "la armonía final" de las personas y de toda la realidad (cf. A. Marqués, *ibidem*).

La vida monástica no es otra cosa que una respuesta a una vocación particular a vivir el espíritu de las bienaventuranzas, en un camino constante de conversión y de sinceridad de vida hasta la pureza de corazón (las manos inocentes de que hablaba el salmo) para confiar plenamente en Dios que nos ha revelado Jesucristo. Éste es el camino que nuestro P. Andreu Marquès emprendió hace cincuenta años y ahora, en la madurez de los años y después de haber experimentado existencialmente las características del camino a través del cual se va a Dios (cf. RB 58, 8), desea renovar con gozo y convicción su donación como monje en nuestra comunidad. Con él, sus hermanos de comunidad, sus familiares, amigos, colegas y discípulos de su magisterio filosófico, damos gracias a Dios por los dones que le ha hecho y por la obra que, por medio de él, lleva a cabo en bien de la Iglesia, a la vez que pedimos que el Señor le dé a conocer cada día más aquella Sabiduría divina que -tal como dice san Agustín -- es la "luz por la cual percibimos la verdad, la fuente donde bebemos la felicidad" (*De civitate Dei*, VIII, 10).